cado mejor todavía, no habria regresado con las manos vacías al lado de su señor, porque Mr. Hue de Maurever estaba muy léjos de ser un duende.

En el espolon occidental del Monte existia una capillita que habia sido restaurada y que se halla colocada hoy, como estaba entonces, bajo la advocacion de San Auberto.

Esta capilla se halla completamente aislada.

Hue de Maurever se habia ocultado en ella, detrás del altar. Cuando llegó la noche, atravesó la playa que separa á ambos montes, y se fué á Tombelene.

II.

El hambre.

Era el interior de una torre desamparada, que formaba el extremo de las fortificaciones inglesas por la parte opuesta al Monte San Miguel.

Ya no tenia techado.

Los rayos de la luna herian oblícuamente la parte superior de las murallas, y no podian bajar hasta el patio encajonado entre estas, aunque sus reflejos lo iluminaban con una claridad confusa y vaga.

En el patio habia una piedra cubierta con yerba arrancada de los mezquinos pastos de Tombelene. Sobre la piedra estaba sentado un anciano de elevada estatura, que dormia con la espada entre las piernas.

Delante de él habia dos saeteras estropeadas por las balas y las flechas de todas clases. Una daba á la playa, y la otra al Monte San Miguel.

El anciano, que era Mr Hue de Maurever, caballero, señor de Roz, de la Limosna y de San Juan de las Playas, se apoyaba de espaldas en la misma muralla de la torre. Tenia la cabeza descubierta, y los reflejos que caian de arriba daban un color plateado á la masa de su cabellera canosa. Su barba larga, y blanca tambien, le bajaba hasta el pecho.

Se sostenia muy derecho.

En aquellas tinieblas vagamente iluminadas, cualquiera hubiera creido ver la estátua de un caballero esculpida en el granito negro, y cuyos contornos superiores sobresalian blanqueados por la nieve.

Era en la misma noche en que hemos visto cruzar á la Hada de las playas desde el castillo de San Juan hasta el calabozo de Aubry de Kergariou, situado bajo los cimientos del monasterio.

El cielo estaba puro.

Apenas un leve soplo de la brisa rizaba el mar en su reflujo.

No se oia ruido alguno mas que las olas murmuradoras que lamian la playa.

El sueño del anciano era tranquilo.

Habian trascurrido las horas de la noche y muy luego los reflejos de la luna comenzaron á palidecer. El crepúsculo de la mañana envió su claridad gris y lívida que parece hundir las mejillas y sepultar mas aun los ojos en la sombra de sus órbitas.

El rostro del anciano se iluminó poco á poco. Era hermoso, noble y austero. Pero habia sufrimiento en aquellas líneas tan pronunciadas. Las facciones eran duras, por razon de lo descarnado del rostro; las arrugas eran profundas.

Mr. Hue de Maurever tenia cincuenta y cinco años de edad. Cuatro antes, Gilles de Bretaña, su señor, le habia desterrado de su presencia por consejos inoportunos y reconvenciones harto severas, porque varias veces Hue de Maurever habia intentado detener al jóven y desventurado príncipe en aquella pendiente rápida de orgías é intrigas políticas que habia de servir de pretexto á su hermano.

En efecto, el arresto de Gilles de Bretaña fué bien mirado al pronto por los nobles.

Mr. Hue, tan luego como supo que el príncipe estaba encerrado, volvió á su lado sin haber recibido órden para ello. Le servia de escudero en los diferentes encierros en que el ódio de Francisco persiguió al desgraciado jóven, y no se separó de él sino por la fuerza, en el momento en que Gilles trasponia el umbral funesto del castillo de la Hardounays.

Mr. Hue de Maurever era un breton de antigua raza, fiel y duro como el acero. En el escondite que habia elegido para huir de la venganza de Francisco, nada tenia, ni muebles, ni víveres; un cántaro sin agua y una cruz que habia hecho con dos pedazos de madera, eran á la sazon toda su riqueza.

En el momento en que el crepúsculo de la mañana comenzaba á dibujar los objetos en el horizonte, Hue de Maurever despertó sobresaltado y estrechó su espada. Su mirada interrogó á la entrada de la torre, que estaba obstruida con algunas tablas, y dió un paso hácia adelante con la espada levantada, como para rechazar á enemigos invisibles.

Sin duda habia visto en sueños á su retiro atacado.

El silencio profundo que reinaba en el monte Tombelene puso término muy luego á su error, y su espada volvió á caer.

—¡Aun no será esta noche! murmuró.

Esto fué dicho sin pesar; pero tambien sin alegría, en el tono de la indiferencia mas completa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Extendió sus miembros cansados y entumecidos por la postura que habia guardado durante la noche.

En seguida se arrodilló delante de la cruz de madera, y rezó sus oraciones. Entre estas habia una que decia así:

« Dios mio, perdonadme que me haya rebelado contra mi señor legítimo el duque Francisco de Bretaña.

« Conceded el arrepentimiento á mi referido señor.

« Que obtenga vuestra misericordia en la hora de su muerte. »

Mucho tiempo despues de haber concluido esta oracion pronunciada en alta voz, permaneció arrodillado, con la cabeza inclinada y con un murmullo en los labios. En aquel murmullo sonaba con frecuencia el nombre de Reina.

¡Reina, su hija! ¡Su único amor; su niña querida!

Maurever se levantó al fin.

Adelantaba el dia, pero la niebla de la mañana envolvia el Monte San Miguel, y Maurever podia salir como si fuese de noche.

El mar bajaba con lentitud. Aun habia una corriente ancha y rápida entre Tombelene y el Monte. La niebla, que era leve, dejaba ver las olas azules á la distancia de cien piés.

Hue de Maurever caminó hácia la playa.

—Ella no vino ayer, ni tampoco anteayer, pensaba. ¡Dios mio! ¿la habrá ocurrido alguna desgracia?

Al decir esto, su mano se apoyó involuntariamente sobre su pecho y le oprimió.

Este ademan no pertenecia á su inquietud de padre; un sufrimiento físico se lo arrancaba. Tenia hambre.

Sus provisiones se habian agotado desde la antevíspera. Reina debia saberlo y no iba.

¡Reina, que era una hija valiente y afectuosa!

No sintió Maurever durante mucho tiempo ese mal del ham-

bre que destroza á los mas fuertes, porque su corazon se oprimió en seguida al pensar en su hija.

El dolor moral mata muy pronto al dolor físico.

Pero la ausencia de Reina podia explicarse fácilmente.

Hacia dos dias que la marea era alta á la hora en que la jóven solia atravesar el espacio que separa á ambos montes. Quizás estaria aguardando oculta en alguna parte, entre las rocas del Monte San Miguel.

Hue caminaba con lentitud, siguiendo la direccion del agua.

A medida que su razon le daba motivo para pensar que ninguna desgracia habria ocurrido á Reina, el hambre le hablaba de nuevo y con mas fuerza.

Aquel austero caballero no era por cierto un gastrónomo, y sin embargo, los sueños mas sensuales revoloteaban en aquel momento en torno de su cansado cerebro. ¿Quién de vosotros lectores, ha tenido hambre? Me refiero, por supuesto, al hambre que retuerce los músculos del pecho y hace subir á la cabeza el delirio furioso. ¡El hambre! que es á vuestro apetito diario lo que la muerte al sueño, lo que la parrilla de los mártires al hogar que caldea suavemente las suelas de vuestras zapatillas.

¡El hambre! ¡el gran suplicio!

¿Nunca habeis tenido hambre? Tanto mejor. Dios os libre de ella. El que escribe estas líneas ha tenido hambre y conoce algunas de las fases de esa agonía lenta y horrible.

Hay un momento extraño y singular en que el hambre se burla y juguetea. Entonces aun se está léjos de la muerte: se sufre, pero apenas se han perdido las fuerzas, las piernas permanecen firmes, y apenas se siente delante de los ojos alguno que otro desvanecimiento.

Se sueña despierto. Entre las cuatro paredes de una bohardilla se reproduce el fenómeno de la refraccion doble. El vacío se llena. Todo lo que uno come vá á colocarse sobre la pobre mesa

desnuda. El escaparate de una tienda de comestibles nada es comparado con el magnífico aparador que sabe preparar el hambre. Hue se hallaba en este caso. Solo pedia un pedazo de pan y el hambre generosa le prodigaba un festin de rey. ¡Oh! qué ricos trozos de corzo ahumado! ¡qué jamones! ¡qué lenguas de vaca! qué faisanes con su noble pluma!

Los pasteles alzaban sobre el blanco lino del mantel su fantástica arquitectura, y las confituras y las pirámides de frutas, la pera dorada, el aterciopelado melocoton, la uva trasparente y rubia! ¡y el vino hermoso que brillaba en el oro cincelado de las copas!

Mr. Hue veia todas estas cosas caminando á lo largo de la playa.

¡Un pedazo de pan! ¡Un pedazo de pan!

En el castillo de la Limosna (hermoso nombre para la casa de un hidalgo), la mesa estaba léjos de ser suntuosa, pero habia abundancia sencilla y noble. La última vez que Mr. Hue cenó en el castillo, pusieron sobre la mesa un trozo de jabalí! Mr. Hue se acordaba, lo veia, y la boca se le hacia agua.

¡Un pedazo de pan! ¡un pedazo de pan!

Entonces hubo como un milagro. En el momento en que Mr. Hue regresaba á su escondite porque la niebla iba diseminándose; en el momento en que, contestando á la vez á su ansiedad de padre y á los gritos de su estómago rebelado, murmuraba: «¡Esta noche vendrá!» se le apareció el maná, y este maná no caia del cielo sino que se adelantaba sobre el mar.

Era una cesta, una linda cestita, trenzada delicadamente, y de la que salia el extremo de un pan de trigo.

Esta vez no era ilusion. Era realmente pan, un pan abultado como los que se hacen por la parte de San Juan. Y aquel pan iba andando, arrastrado por el reflujo.

Mr. Hue se puso á correr como un jovencillo, y al acercarse

pudo ver que el buen pan iba acompañado, pues la cesta contenia un frasco de vino y dos aves asadas de un aspecto encantador. Mr. Hue se metió en el agua y se disponia á coger aquella bienaventurada cesta con la cruz de su espada.

Pero de repente se aflojaron sus dedos, se quedó mas pálido que la muerte, y lanzó un grito de angustia.

Habia conocido la cesta de Reina.

¡Reina! Sin duda habia intentado pasar la mar á nado!

¡Sabia que su padre la aguardaba!

¡Reina! ¡oh! ¡Reina!

El anciano se llevó ambas manos al rostro y al corazon, y corrieron lágrimas por entre sus dedos temblorosos.

Mientras tanto la linda cestita seguia corriendo arrastrada por el agua, llevándose el pan, el frasco y lo demás.

Mr. Hue habia perdido una buena oportunidad.

A la sazon, aunque hubiera querido no habria podido coger la cesta, que comenzaba á hacerse pesada y muy pronto se iria á pique con su precioso cargamento.

Pero Hue de Maurever no pensaba en esto.

¡Su hija! ¡su pobre y hermosa Reina!

Su corazon se desgarraba.

Temia que si levantaba mas los ojos iba á ver un trozo de su vestido, su velo, algun resto, alguna cosa horrible.

La niebla se habia aclarado completamente.

Mr. Hue cobró ánimos y miró delante de sí.

Delante de él corria el agua pacíficamente, descubriendo cada vez mas la playa.

A lo léjos, el Monte San Miguel salia de entre la niebla, majestuoso y altivo, con su corona de edificios atrevidos.

Entre él y el Monte, en un rayo de sol, corria una jóven graciosa cual una sílfide.

—¡Reina! ¡Reina!

La jóven se volvió y lanzó un beso por encima del brazo de mar. El anciano alzó al cielo sus ojos humedecidos y dió gracias al Señor.

Reina era quien por allí corria, y su cesta era la que el anciano Maurever habia estado próximo á coger con la cruz de la espada.

Reina, despues de haberse librado de las descargas del centinela que velaba en la plataforma del convento, se habia perdido entre las rocas que bajan á la playa por la parte de la capilla de San Auberto.

Aguardó allí durante algun tiempo; luego, viendo que rayaba el alba, dió vuelta al Monte para acercarse á Tombelene.

El reflujo no habia dejado libre todavía el trozo de playa que separa á ambas rocas. Reina se encontró en frente de una especie de rio de rápida corriente. Acercábase el dia, quiso aprovechar la niebla, y se puso á nadar valerosamente. Pero desde las primeras brazadas se apoderó de ella la corriente, y se vió obligada á soltar su cesta y á volverse atrás.

Eran veinte y cuatro horas de espera para el anciano que estaba sufriendo. Reina lo sabia.

La pobre jóven llevaba el corazon muy oprimido al atravesar la playa; pero además de que el reflujo se habia llevado sus provisiones, no podia ir á Tombelene en mitad del dia sin exponer el secreto del retiro de su padre.

El camino que la jóven habia de seguir para llegar á la aldea de San Juan era muy largo, porque no podia atravesar la playa bretona por razon de la presencia de los soldados de Meloir. Era preciso que permaneciese en Normandía hasta llegar á tierra firme, en donde las zarzas y malezas podrian ocultar su marcha.

Estaba cansada y casi desalentada.

Si Juanillo no la hubiese tomado la escarcela de Meloir, habria aguardado la noche en el opuesto lado de Avranches, en

la aldea de Genert ó en cualquiera otra, hubiera comprado provisiones, y aprovechado la marea baja al principio de la noche para pasar á Tombelene. Pero nada tenia; todo lo habia dado por la mucha prisa que tenia de huir.

El único medio que tenia ya para procurarse víveres era el de vagar en la próxima noche en torno de las casas de San Juan, y tomar en el umbral de las puertas cerradas las ofrendas depositadas para el Hada de las playas. Durante el dia érala preciso vagar por la campiña de Normandía.

Aun no habian dado las doce del dia cuando llegó á la aldea de Arderon, situada á media legua de la orilla normanda del Couesnon. Se metió en los barbechos, y como estaba abrumada de cansancio, se apoderó de ella el sueño en medio de un campo sembrado de trigo.

No hizo como Juanillo que durmió aquel dia doce horas en un monton de paja. Despertó mucho antes de ponerse el sol, y dió la vuelta grande para llegar á la aldea de San Juan á la caida de la noche. El castillo estaba desierto cuando llegó al pié de la colina.

Meloir habia recorrido las aldeas y alrededores para publicar á son de trompa el edicto ducal.

La jauría descansaba aguardando á que llegase la cacería de la noche

Reina bajó hasta la aldea, y á medida que avanzaba la parecia oir ruido de clamores y risas. Al dar vuelta al recodo de un seto, vió que los manzanos de la huerta de Simon le Priol se iluminaban con un resplandor rojizo.

Se acercó; el seto la protegia contra las miradas.

Muy luego distinguió á la luz de las hachas de viento á una multitud de campesinos, mujeres y soldados que se hallaban reunidos allí. Un arquero ataba una cuerda al manzano que estaba delante de la casa de Simon le Priol.

Reina se acercó mas todavía y oyó á los soldados que decian:

—Robar la escarcela á un caballero es el medio mejor de que le ahorquen á uno.

Reina escuchaba temblorosa. Habia adivinado.

El niño que la persiguió en la playa iba á morir por culpa suya.

III.

Juanillo y Simoneta.

La Bretaña ha echado de menos, durante mucho tiempo, el poder nacional de sus duques. Ahora, que es francesa y muy francesa, gusta todavía de recordar aquel tiempo en que, colocada entre dos reinos rivales, mantenia su independencia con sendos mandobles y estocadas.

La Bretaña sabido es que no fué conquistada. A aquella nacion noble y altiva la deslizaron entre las galas de una boda.

Y si ha conservado gratos recuerdos de su duquesa Ana, consiste en que la Bretaña no guarda rencor. La Bretaña de los duques tenia la libertad feudal; la Bretaña de los reyes fué oprimida por el trono, y defendió al trono atacado por todas partes. No tenemos que hacer aquí el panegírico del siglo VX en la Bretaña ni en ninguna otra parte. Pero no habia de juzgarse una civilizacion por algunos excesos aislados, por algunos crímenes que lo eran entonces como ahora.

La aldea de San Juan estaba reunida delante de la puerta de